

D.A. LA "NATURAL E INVISIBLE" VIOLENCIA COMO FORJADORA DE "SINTOMAS ACTULES".

Lic. Daniel Argibay

La sensibilidad, el umbral de percepción y la responsabilidad de la violencia en el seno de la familia, son tan diverso como lábiles. Probablemente, la mayoría estará de acuerdo en calificar un golpe como una manifestación de maltrato físico, o una insulto como violencia emocional, pero, en la medida en que esto se vuelve mas frecuente o mas sutil, tal vez el consenso no será tan unánime. La perspectiva se aleja mas de la objetiva realidad y aparecen las sesgadas versiones de quienes de un lado o de otro gozan un "borderizante" mecanismo. A diario admitimos pacientes en cuyo relato dan cuenta de violencia en la historia familiar. Esto no hace mas que poner de manifiesto en la evaluación y diagnóstico, la incidencia de este problema en la vida psíquica del sujeto. Nos enfrentamos así, en el consultorio o fuera de él, con personas que padecen gritos, desprecio, humillación, abuso, acoso, soborno, extorsión, que son agredidas física o sexualmente y viven estas situaciones envestidas con la "normalidad" que esconde el goce de lo cotidiano y la costumbre. Estas personas, familias enteras a veces, no solo no perciben la situación que viven, sino que no pueden ponerle límite, encuentran, para poner coto al goce, dificultades afectivas, económicas, sociales, jurídicas, etc. Por tanto, van perdiendo de vista la violencia de la que son objeto. El abuso aparece así en estos gozosos vínculos que, por cotidianos, ven disminuidos el criterio de percepción y rechazo al mismo, generando una desensibilización. En general se encuentra en estas "novelas familiares" una socialización infantil en un ambiente violento, con reiteradas exposiciones al abandono o abuso de diverso tipo. Es el núcleo mas íntimo en estos casos el que legitima la violencia para resolver conflictos. El infante "aprende" de este modo que la dependencia física y afectiva, junto con la asimetría, habilita al Otro a dejarlo en el lugar de objeto de goce. Esta habituación a la violencia, no permite ver al niño esa misma violencia como peligro y esto lo deja a expensas de ese peligro que, como si fuera poco, proviene de aquel del que solo espera cuidado y contención. Es precisamente esto último lo que vuelve a estos cuadros doblemente dañinos en la construcción de la subjetividad del sujeto ya que los violentos son aquellos de los que el niño depende, sobre todo afectivamente. De a poco y con el correr de los años el displacer aumenta y sin ni siquiera sospechar de donde proviene, va provocando síntomas como deterioro de la autoestima, graves trastornos de ansiedad y depresión, confusión, impotencia, adicciones, fobias, trastornos de la conducta alimentaria, sensación de desesperanzas y vacío, que, a su vez, conviven con situaciones y manifestaciones amorosas, posesividad, exclusividad, preocupación e interés, pero también, celopatías, control psicopático...etc. Todo esta ambigüedad, deja en los BORDES a quienes la padece. Es en este proceso gradual e indetectable que se instaura la violencia como una forma natural en la relación a otros.

Con estas observaciones acerca de la idea del proceso de instauración de la violencia, podemos detectar su invisibilidad y naturalización como la mayor dificultad para abordarla en la que las actitudes y los comportamientos de desigualdad, de asimetría y abuso, y, en progresión ascendente, constituyen una base a los que se superponen los comportamientos confusos de amoroso cuidado, luego la violencia psicológica, y/o la violencia física, aumentando en gravedad los episodios violentos a medida que pasa el tiempo y se afianza el patológico vínculo. Desde el interior de esta proceso, el sujeto no percibe la progresión y el agravamiento del cuadro y gran parte queda oculta, invisible para él mismo aunque sufra con su padecimiento las gravísimas consecuencias.

De esta forma, mi reflexión crítica esta dirigida, precisamente, a señalar esa "normalidad", a invitar a tratar por todos los medios que se instaure, en el núcleo familiar, en las relaciones entre el adulto y el niño, este perverso de vínculo. De otro modo y, salvo que la persona se advierta de buscar algún tipo de asistencia terapéutica, se irá constituyendo en un adulto que no entienda otro modo de relación a otros, mas que el de ser violento o ser violentado, quedando condenado a repetir la historia.

Este proceso de naturalización de la violencia, lejos de ser exclusivo de los sistemas familiares, y mucho menos de los sujetos, se apoya básicamente en algunas construcciones culturales de significados que atraviesan y estructuran nuestro modo de percibir la realidad. Las instituciones no son ajenas a la construcción de significados que contribuyen a naturalizar la

violencia. Han pasado siglos antes que existieran leyes de protección a las víctimas de la violencia doméstica. Las instituciones educativas o responsables del cuidado de niños durante gran parte de la historia han utilizado métodos disciplinarios que incluían (y en algunos casos todavía incluyen) el castigo físico. Los medios de comunicación continúan vendiendo como un gran show la violencia cotidiana. Los gobiernos todavía no incorporan el problema de la violencia doméstica a las cuestiones de Estado. Todo ello forma un conjunto de acciones y omisiones que tiene como resultado la percepción de la violencia en todas sus formas como un modo normalizado de resolver conflictos interpersonales.